

APORTACIÓN DE LA CULTURA SEMÍTICA A LA LITERATURA EUROPEA: LA CUENTÍSTICA

El contacto entre musulmanes, cristianos y judíos hizo que en la Península circularan muy pronto materiales narrativos de origen o transmisión oriental. Muchos de estos cuentos, traducidos o reelaborados, se abrieron camino hacia el resto del occidente europeo, de modo que nuestro territorio cumplió muchas veces la función de ser un “puente entre la cristiandad y el Islam”. La primera obra de este tipo es la *Disciplina clericalis*, compuesta por Pedro Alfonso de Huesca a principios del siglo XII, y que, gracias a estar escrita en latín, encontró una rápida acogida en Europa. Más de un siglo después se tradujeron al castellano otras dos famosas colecciones de cuentos que circulaban entre los árabes: el *Calila y Dimna* (1251) y el *Sendebar* (1253). Gracias a estas obras la literatura europea se fue enriqueciendo con numerosas historias, que, tras adaptarse a nuevos contextos, siguen vivas hasta nuestros días, y aprendió nuevas formas de contar.

1. Pedro Alfonso: la *Disciplina clericalis*

La trayectoria vital del judío converso Pedro Alfonso (¿1065-1121?) lo convierte en un personaje singular, muy adecuado para ejemplificar las transformaciones culturales que se vivirían en el valle del Ebro a principios del siglo XII. La primera fecha (y casi la única) que conocemos de su vida es la de su bautismo celebrado en la ciudad de Huesca en el año 1106, y con la presencia de Alfonso el Batallador quien actuó como padrino. Desconocemos cuándo y dónde nació y cuál era su actividad habitual, aunque cabe suponer que en el momento de su conversión, contaba ya con edad y prestigio suficientes como para ser bautizado por el obispo de la ciudad y apadrinado por el rey. Es muy probable que este prestigio se sustentara en su condición de médico regio, aunque el dato no puede confirmarse. De él nos ha llegado una obra variada, toda ella escrita en latín, aunque fiel reflejo de la cultura oriental. Con seguridad escribió la *Disciplina clericalis*, miscelánea de cuentos y sentencias, los *Diálogos contra los judíos*, donde defiende la religión cristiana frente al judaísmo y al Islam, y algunos textos científicos, conservados de modo fragmentario.

Podemos aventurar que la *Disciplina clericalis*, por sus escasos elementos cristianos, fuera una creación de su primera etapa, aunque se trata hoy de su obra más famosa. Pese a que en el prólogo, Pedro Alfonso da las gracias a Nuestro Señor y solicita su ayuda, tanto los materiales utilizados como la forma, son claramente orientales. Una frase del mismo preámbulo (“Dios, que me inspiró la idea de componer este libro traduciéndolo al latín”) permite sospechar que hubiera sido redactada inicialmente en árabe y, tras su conversión, vertida al latín. De esta manera el occidente cristiano pudo descubrir con asombro la variedad de formas sapienciales que se usaban en la didáctica oriental. Los argumentos que ofrece en el prólogo para justificar su composición son los habituales en la literatura didáctica de la época, pero muy especialmente en la oriental. Se esfuerza en hacer un librito ameno, porque “la naturaleza humana es frágil y necesita ser instruida poco a poco para no caer en el aburrimiento”. Para ello se propone reunir cuentos y proverbios árabes, en los que insistirá en la importancia de conocerse a sí mismo y a los que nos rodean, para concluir recordando la fugacidad de lo terreno y la necesidad de servir a Dios. Para la estructuración del conjunto se apoya en diversos recursos: en una ocasiones introduce sus materiales por medio de un diálogo entre un padre y su hijo, o un maestro y su discípulo, y en otras los va engarzando por simple asociación temática.

Entre los cerca de cuarenta cuentos los hay con claros paralelos en colecciones orientales, como el 11, 13, 14 y 24, aunque otros probablemente proceden de la tradición oral (20, 23, 27). La amplísima difusión de la obra, reflejada tanto en los más de 76 manuscritos conservados como en las numerosas traducciones a diversas lenguas, explica que muchos de sus cuentos se reconozcan en otros textos de la literatura europea. Así, por ejemplo, el cuento de “El amigo íntegro” (2) fue recreado por Boccaccio en el *Decamerón* (X, 8), convertido ahora en la “Historia de Tito y Gisipo”. Los cinco cuentos con los que el maestro le explica al discípulo la maldad de las mujeres (9, 10, 11, 13 y 14) gozaron también de gran popularidad y contribuyeron a divulgar por toda la literatura occidental el arquetipo de la alcahueta.

La vieja, antecedente de la que después recrearán Juan Ruiz y Fernando de Rojas, aparece ya aquí “vestida con hábitos de religiosa” y aparentando una honestidad que no posee para que se le abran las puertas de la esposa casta. Por último, la serie de cuentos (16, 17) en los que trata el tema de los litigios originados por los tesoros mal guardados o los depositarios infieles encontró también un cauce de difusión dentro de la literatura jurídica, lo que explica su fama. Así, por ejemplo, el “Cuento de la serpiente de oro” (17), donde un pobre devuelve una bolsa con dinero y una serpiente de oro a su dueño, y éste, en lugar de recompensarle, lo acusa de haberle robado otra serpiente igual, reaparece entre las páginas de *El retrato de Dorian Grey* de Oscar Wilde. Es sólo una muestra de cómo los ecos de la *Disciplina clericalis* son inagotables.

2. Las traducciones castellanas del *Calila y Dimna* y el *Sendebär*

En la España medieval circulaban varias colecciones de cuentos, como el *Calila y Dimna*, el *Sendebär* o el *Barlaam e Josafat*. Su origen se remonta hasta la India, cuando los monjes budistas se servían de anécdotas para transmitir unas reglas de conducta. Los árabes las hicieron suyas, vertiéndolas a su lengua y adaptándolas a sus costumbres y así llegaron hasta Alandalús. A mediados del siglo XIII se fueron traduciendo al castellano por iniciativa de Alfonso X y de su hermano, el infante don Fadrique, pero ya para entonces eran bien conocidas en la Península por sus versiones árabes y hebreas. En estas colecciones, a diferencia de lo que ocurre en la *Disciplina clericalis*, los cuentos se integran dentro de una trama principal, por un curioso procedimiento al que los críticos han llamado “marco narrativo”.

El *Sendebär*, también conocido en España por *Libro de los engaños de las mujeres*, ofrece un modelo muy elaborado de este recurso. El libro se inicia con la historia de un rey preocupado por la carencia de un heredero. Finalmente consigue el hijo anhelado, pero la alegría se empaña al conocer por su horóscopo que al niño le espera una gran desgracia cuando cumpla los veinte años. Para conjurarla, los sabios de la corte le aconsejarán cuando llegue el momento que guarde total silencio durante una semana. Sin embargo, en ese periodo su madrastra le propondrá matar a su padre para ocupar ambos el trono y el joven no podrá evitar el romper su mutismo. La mala mujer aprovechará las circunstancias para contarle al rey una versión de los hechos muy distinta y éste no tendrá más remedio que condenar a muerte a su propio hijo. A partir de ese momento se desencadena la sucesión de cuentos insertados. La mujer trata, por medio de cuentos, de confirmar su acusación, pero los consejeros del rey contrarrestan sus palabras con otros. De ese modo, transcurren los días hasta que el joven, conjurado el peligro, puede dar su versión de los hechos. Este procedimiento para integrar unas historias dentro de otras fue una de las lecciones que la narrativa occidental aprendió de las colecciones de cuentos orientales. Trasformado y adaptado a nuevos contextos culturales lo reencontramos en el marco del *Decamerón* o en el de los *Cuentos de Canterbury* y, más adelante, servirá para estructurar las diversas colecciones de novelas cortas que surjan en el Renacimiento.

Tanto en el *Calila y Dimna* como en el *Sendebär* se encuentran las más antiguas versiones de algunos cuentos cuya popularidad llega hasta nuestros días. Así ocurre, por ejemplo, con el capítulo 8 del *Calila y Dimna*, que engarza dos historias de amplia difusión para ilustrar con ellas un tópico de la didáctica oriental: la necesidad de obrar con prudencia. En el primer cuento, conocido como “Llewellyn y su perro”, un padre se ve obligado a dejar momentáneamente a su hijo solo al cuidado del perro y, cuando regresa, al descubrir la cuna volcada y todo ensangrentado, apalea al animal, creyéndole culpable de la muerte del niño. Más tarde descubrirá que el can había tratado de defender al recién nacido de la presencia de una culebra y que su hijo estaba vivo bajo la cuna. Las numerosísimas recreaciones de esta historia llegan hasta la actualidad con una versión edulcorada de Walt Disney.

Como otro caso de acción precipitada se insertará en el mismo capítulo el famoso cuento de “La lechera”, aunque con ciertos ingredientes que la tradición occidental irá paulatinamente borrando. El protagonista es un religioso, casado y con hijos, que guarda en la cabecera de la cama la miel y la manteca que diariamente recibe como limosna. Una noche, estando acostado comienza a pensar en las ganancias que obtendrá con la venta de estos bienes, hasta que inconscientemente golpea la jarra con una vara y se derrama la miel y la manteca sobre su cabeza.

Las sucesivas adaptaciones, desde don Juan Manuel, La Fontaine o Timoneda, van modificando los componentes básicos del relato para adecuarlo a nuevos contextos socioculturales. El religioso deja paso a una criada o a una lechera, las elucubraciones en el lecho se sustituyen por un viaje camino del mercado y los ingredientes se van sustituyendo por otros, en función del valor alcanzado por los alimentos. Sin embargo, sus narradores ignoran con frecuencia que el origen de ésta, y de otras historias se encuentra en un relato hindú que fue conocido por la literatura europea gracias a los árabes y a la temprana traducción castellana.